

GUANDURE

Lambayeque 08 de agosto 1995

Señor:

RICARDO LA TORRE ALVARADO

Estimado Ricardo:

Después que salimos de la G.U.E San Miguel de Piura, han sido muy pocas veces que hemos tenido la oportunidad de conversar a pesar de mis repetidos viajes a Huancabamba.

Nos conocemos contigo casi todos los años que tenemos. Algo de amistad tiene que haber quedado después de tanto tiempo.

Te escribo esta carta para agradecerte algunos buenos comentarios que has tenido sobre mi cuento "GUANDURE" y para enviarte ocho cuentos más a sugerencia de mi hermano "Neyo" y con la esperanza de que puedas publicarlos juntos o parcialmente. Sé que podrías hacerlo y tengo entendido que algo le has sugerido a mi hermano en tu condición de jefe del INC.

Te agradezco esta deferencia y esta inmerecida importancia que le das a lo que escribo.

Si puedes darle a este viejo escritor la satisfacción de saber que no es el único que lee sus cuentos y poemas, te lo agradeceré siempre.

Cualquiera que sea el destino de los cuentos que te envió, por favor házmelo saber a la siguiente dirección:

Av. Augusto B Leguía # 230

Lambayeque.

Tengo el teléfono 074-28-2551 en Lambayeque si me tienes alguna noticia escribe por correo, preferentemente ya que acá en Lambayeque no hay agencia de viaje por su cercanía a Chiclayo, o en todo caso llámame. Si no me encuentras yo te estaría devolviendo la llamada te envío saludos respetuosamente a tu familia y amigos

Tu amigo:

Rigoberto García Labán

GUANDURE

Era el mes de octubre. No es fácil olvidar este mes con eso de las procesiones y los hábitos morados. Era tarde, noche ya, cuando con mis pensamientos a cuestas me iba acercando, paso a paso, a mi casa escondida, entre dos falques viejos y secos, a un lado de la parcela que me tocó cuando se dividió la cooperativa.

Mi viejo me contaba cuando niño, allá en Piura, que los serranos le echaban guandure a sus chacras para que los extraños no se coman las cosechas y hasta los pájaros y las ratas se caían muertos cuando se comían la cosecha con guandure. Me contaba que tenían Colambo, que era como una culebra grande que les hacía guardianía en las chacras, de día y de noche. Decía él que cuando era niño se fue con unos amigos a robar cidras, que eran unos frutos como tumbos pero más duros y que adentro tenían un limón. Decía que saltaron la cerca de piedra y méjicos y se pusieron a comer las cidras. Contaba mi viejo que no se podían parar después de habérselas comido, porque como que les pesaba el cuerpo y se zurraron en los pantalones.

Yo iba recordando todo eso mientras caminaba a mi casa y ya casi llegando, oscuro estaba para entonces, allí a unos metros de los falques como que me esperaba un hombre, parado él, mirándome, supongo. Ni un palo cerca, ni piedras, porque no era conocido. Medio que frené el paso.

- ¿Qué hace allí parao? Oiga- le dije.
- Tú eres Juan Yarlequé? - me contestó
- Sí. Y usted quién es?
- Me llamo Samuel Chasquero, me ha mandado tu papá, me ha pagado los pesajes para que venga a verte desde Huancabamba. Yo no he conocido y preguntando, me ha agarrado la noche por aquí. He tocado la puerta pero no hay gentes adentro.

Raro era que yo viniera pensando en mi viejo y ese hombre allí esperándome.

Abrí la puerta de mi casa, lo hice pasar, oscuro como estaba, y prendí la lámpara. Lo pude entonces ver más claro, él era como un serrano de Ayabaca, tenía poncho de lana que le llegaba más abajo de las rodillas, una de las puntas tocaba el suelo. Usaba llanques ajustados a sus pies coloraos y con las dos manos sostenía una alforja grande. Nunca había visto una alforja tan grande. Era viejo el hombre, pero duro y bien parao.

- Acomódese - le dije - cómo está mi papá y qué encargo le ha hecho.

Yo lo conozco a tu papá de años, él viaja siempre a Huancabamba. Yo soy de allí. Me contó hace unos días que tenía un hijo natural por Tambogrande, que no andaba bien. Y me dijo, yo te pago el trabajo, tú eres buen maestro, anda y levántale la suerte. Y me vine sin conocer, para quedar bien con el amigo.

Era bueno el hombre, se notaba y por lo que me dijo, era brujo. Estaba callado y miraba para fuera como si lo llamaran.

Salimos de la casa sin ponernos de acuerdo y nos sentamos a mirar el oscuro.

- Por aquí no llueve - me dijo - todo está seco.

Le conté que acá en Tambogrande comenzamos a sembrar en noviembre, cuando llueve en la sierra, que sembrábamos arroz, otros algodón, maíz, sorgo y por julio agosto las tierras se quedaban secas, sin siembra.

Me contó que él tenía una chacra en la faldita de un cerro, cerca de un ojo de agua y que sembraba ollucos, ocas y que cuando el tiempo era bueno sembraba trigo.

Hablamos mucho sin mirarnos, como si cada uno intentara confesarse al silencio, a la oscuridad. Yo me pude imaginar la choza de pencas y de magueyes en donde vivía don Samuel Chasquero y su familia allá en Huancabamba. Me pude imaginar el viento helado de la puna y la lluvia cayendo en los surcos abiertos con yuntas y el arado de palo saltando entre las piedras. Imaginé el caballo negro dando vueltas sobre el trigo cosechado y los viajes a la ciudad por caminitos angostos, como soguitas abandonadas entre los cerros. Los murmullos de mi familia regresando de la procesión nos hizo regresar con la lamparita de mi casa.

Comimos todos en silencio.

- Ya serán las diez - me dijo don Samuel Chasquero - hay que aprovechar la candelita para hervir el remedio. Ya todo está pagado, yo tengo que regresar mañana al medio día.

Estaba disponiendo que se hagan las cosas. No me preguntó si quería o no. Me pidió un plato y sacó unos frutos verdes, largos y me dijo:

- Se llama huachuma, San Pedro le dicen en la costa.

Los peló y los hizo pedacitos como para fresco y los puso a la olla.

Como una hora estuve callado.

- Hay que salir para fuera - me dijo después de un rato.

Alzó su alforja y nos fuimos a la noche, junto a los faiques, nos sentamos. Sacó como una manta pequeña y la tendió en el suelo. Sobre ella fue colocando imágenes, piedras, estampitas, espadas, fotografías, conchitas de choro, caracoles, un rosario y un gran crucifijo al centro. Chorreo de la olla unos pocos del remedio a los jarros y me dijo que tome. Ambos bebidos el líquido tibio, amargo, espeso y nos sentamos otra hora supongo. Después nos perdimos en el tiempo, ya no era posible calcular ni horas ni minutos. El tiempo nos envolvía con la oscuridad y estábamos lejos, en *otro lugar*.

Mi mente llegó hasta la fiesta de mi compadre Pedro Troncos, todos bailaban, borrachos, saltaban, gritaban. Tenían la música metida en el cuerpo.

Y así estaba al lado de los faiques de mi casa, en plena oscuridad, en pleno silencio, bailando solo.

- Siéntate Juan - escuché que me dijo don Samuel Chasquero y sonó su voz como un despertador de reloj en aquel silencio. Me senté confundido, mirando.

- Tú estás bien Juan - otra vez hablando don Samuel Chasquero - tu plata se la están comiendo los médicos. Hay un ojo de agua, cerca de aquí, allí amarras tu vaca, allí comenzó todo.

Allí fue donde por primera vez hizo convulsiones mi hijo mayor. Qué mirada Dios mío. Qué manera de no entender nada. Qué castigo más duro para un padre que quiere dar la vida por su hijo y no puede. Luego otra vez, y otra y otra. Y la Julia muriéndose con el hijo muriéndose.

- Juan - fue el grito desgarrador que hizo pedazos el silencio, como de alguien que se cae a un abismo y en el grito pide ayuda y se despide. Era la voz de Julia, mi mujer, llamándome en el grito desesperado, hiriente como un cuchillo. Me paré como un loco al que desatan y empecé a correr. Sin embargo, una mano dura como acero me detuvo. Quise soltarme pero fue inútil.

- Es un sueño Juan, ya pasó, ya pasó - nuevamente la voz de don Samuel Chasquero, nuevamente el silencio, la confusión y mucho más silencio.

Entre las sombras lo vi atareado en cuclillas, haciendo trocitos de algo que echaba a un caracol. Luego me llamó y me dijo "Hay que levantar". Sacó del caracol como una masa que escurrió en la concha de un chorito que me entregó.

- Levantemos - me dijo y ambos sorbimos el líquido por la nariz. Me ardía hasta el alma. Don Samuel Chasquero cogió un sable de su mesa en el suelo y comenzó a herir al viento por todos sus costados. Y escupía como para planchar. Con el mismo sable me frotó *todo* el cuerpo, de la cabeza hasta los pies.

Ya no recuerdo más hasta que comenzó el amanecer. Seguramente me había dormido. No sé si también don Chasquero. *Pero* cuando desperté él estaba allí observándome, tenía tres choritos en la mano y los tiró al suelo como quien juega con dados.

Se quedó mirándolos un rato y su mirada se hizo más intensa conmigo, como si estuviera midiéndome las fuerzas.

- Yo me voy al medio día - me dijo - de repente nunca nos veremos otra vez, debería haber silenciado al remedio, pero he venido a levantarte y deberás saber la verdad delante de tu familia:

"El hijo mayor de tu mujer, el que convulsiona, él no es tu hijo. Tu mujer fue tomada por la fuerza la noche que te casaste y no te lo dijo, el niño creció mal en el vientre de la madre, con recelo, el niño tiene metido también ese dolor, pero sanará, ahora que lo sabes. Despacio, pero sanará."

Se fue al medio día mientras yo dormía.

Y fue cierto. No volví a ver otra vez a don Samuel Chasquero, pero mi hijo se curó, despacio, pero se curó, casi al año que se fue don Samuel.

LA CHUNUNA

Yo viví en un lugar muy hermoso, entre cerros verdes de trigo, pampitas a abarrotadas de ocas rojas y dulces como ayacón. Yo viví en un pueblo que crecía hacia arriba y hacia abajo, pero nunca hacia los lados, porque allí estaban el río y los cerros. Mi pueblo crece siempre siguiendo al río, sus calles eran limpias y todos caminábamos por los borditos de tierra que todos hacíamos de tanto andar día tras día.

Los sábados y los domingos por la noche paseábamos por la plaza de armas mientras las madres subían a la iglesia para rogar por todo, con su mantilla negra y su rosario brillando. Los niños jugaban con cajitas de fósforo vacías que hacía, correr en la tierra semeando carritos. Y en las noches juntaban sus manitos para jugar la ronda.

Yo vivía con mi padre, mi mujer y dos hijos fuertes que Dios nos *dio*. Vivíamos en una casita pequeña al final de la calle que salía las Guarinjas. El piso era de tierra, dura a fuerza de tanto pisarla. El techo era mitad de teja y mitad de carapas tejidas, las paredes mitad adobe y mitad carrizo trenzado con quishque y barro en t amado. En estos años que han pasado yo no he podido ver la fuerza con que ha cambiado todo. Pero aún puedo sentir el aroma del campo y aún siento la lluvia caer y resbalarse por el piso, ahora encementado de las calles.

Yo vivo todavía en este pueblo que no puedo ver, pero que recuerdo como si fuera ayer. Era la tarde de un día lluvioso de Enero de hace más de treinta años. Anochecía... Los rebuznos de los burros parecían ecos interminables y el horizonte se perdía despacio entre los cerros... Me dirigí a la mesa y cogí la lámpara. La llevé hasta la penumbra del día. Saqué el tubo y le limpié el humo de la noche anterior.

- Échale Kerosene a la lámpara- Gritó ella desde la cocina- para que no segaste la mecha.

El viento afuera, hacía sonar las carapas del techo y se llevaba la voz de los pájaros. Por las rendijas de la puerta y las ventanas el viento quería entrar con fuerza, pero apenas lograba pasar para hacer temblar la LLAMITA de la lámpara. Hacía frío aquella noche. El abuelo dormitaba sobre la cama con el poncho puesto.

- Despierta a tu papá para que coma- Otra vez gritó ella desde la cocina.

Mis dos hijos escribían en La mesa cerca del fogón con los pies sobre la leña que ellos acababan de juntar.

El abuelo apareció con su paso cansado, mirando el suelo y sin poncho.

- ¿Y para qué se ha sacado el poncho? Después está que se queja que le duele la espalda- Lo increpó mi hijo.

No respondió y no se agregó más palabras. Pero ella me miró como si yo tuviera la culpa de las cosas de mi padre.

Terminamos de comer y ella se puso a lavar los platos y las ollas. El abuelo salió un rato y regresó a la cama sin decir nada.

Yo también salí al sereno para aclarar ideas, me senté en el poyo y me puse a contemplar la lluvia que caía en chorro continuo de cada una de las tejas del techo semejando una cortina. Sólo unas gotitas llegaban a mis pies cuando rebotaban del suelo. Por la calle, de bajada, discurría el agua por pequeñas acequias abiertas caprichosamente por la lluvia en cualquier lugar de la calle, que se convertía como en cauce de río, cubriéndola de barro, y pequeñas piedrecillas arrancadas de su seno corrían de trecho en trecho como negándose a seguir cuesta abajo. Cada cierto tiempo los relámpagos iluminaban la noche y uno podía ver a lo lejos algún vecino que bajaba empapadito. Luego los truenos lo aplastaban a uno como ruidos de algún dios que se golpeaba en el piso de todo el cielo y lo hacía tronar fuertísimo. Pero sólo duraban segundos de tiempo. Luego se veía caer la lluvia con más fuerza, más intensa. Esto se repetía a veces horas y horas. Al frente de mi casa el cerro mayor del pueblo era un gigante inamovible. Ninguna lluvia logró jamás arrancarle una parte de su cuerpo.

Era de roca viva. Es de roca viva. Desde lo alto, desde sus lados, desde todos sus costados, el gigante junta sus aguas en un enorme chorro gigante como él y lo arroja al río. Nunca el Citan ha hecho daño, ni ha matado a nadie, ni ha destrozado casas, ni ha producido inundaciones. Así se llama en mi tierra a ese enorme chorro de agua: Citan. Y aquel cerro gigante, guardián de mi pueblo se llama Witiligún, cerro noble, duro y pujante como el espíritu de mi pueblo.

Todos se pusieron a dormir como a eso de las nueve. Prendieron una vela en el cuarto. Yo me quedé en la cocina con la lámpara sacando cuentas, a lo sumo una hora más, cuando una etapa de la historia de mi vida comenzó a terminar:

Sentí que mis sentidos habían sufrido una transformación violenta, inexplicable, mi cuerpo percibía ahora una tibieza agradable, casi embriagadora y una fragancia mezclada con un aroma de mujer que nunca antes había sentido, me permitía sentir la cercanía de un cuerpo diferente a cuantos hubiera tenido cerca o lejos.

Todo sin embargo estaba en su lugar. Ni la mesa ni el fogón, ni la lámpara parecían alteradas. Esta última ardía menos intensamente a pesar que el tanque estaba casi lleno de Kerosene. La mecha no alcanzaba a sumergirse, produciéndose pequeñas cantidades de humo que oscurecían el tubo.

Al repasar el cuarto, mis ojos escudriñaron la pequeña luz de la lámpara, lo que me produjo una sensación de oscurecimiento en el resto

de la habitación, especialmente en la esquina opuesta a la que se encontraba la lámpara. Me quedé mirando a aquella oscuridad intensa y con un asombro delirante miré desde el fondo de ella aparecer, poco a poco, a una mujer hermosa. Nadie podía ser más hermosa que aquella mujer. Su piel era blanca y se adivinaba suave y tersa, su pelo amarillo brillante como el oro pulido se regaba sobre sus hombros y le cubría parte de la frente y los ojos. Por detrás su pelo terminaba casi a la altura de sus caderas. Vestía, como toda mujer, vestido de una sola pieza, tal vez un poco estrecho para su cuerpo, pegado a la altura de sus senos grandes y turgentes y de sus caderas redondas, duras, agresivas. A partir de sus muslos el vestido era amplio y le cubría el cuerpo hasta mitad de las piernas.

Con gestos, que interpreté sensuales, me invitaba a que me acercara a ella. Tanto era su magnetismo que a mi pesar me acercaba lentamente. Me parecían horas las que demoraba en acercarme a ella y eso hacía más grande el deseo de tenerla.

Cuando la tuve cerca desapareció como por encanto. Pero quedó allí su aroma. Aquel olor indescifrable que me llenaba el cuerpo y el alma se quedó en la cocina para siempre. Lo curioso es que solamente yo podía percibirlo, día tras día.

Mi familia hacía su rutina como siempre, pero yo me hice silencioso, me negaba a entrar a la cocina. Gomia en el patio, porque sentir aquel aroma y no verla era morir.

Durante muchas noches, mientras dormía, soñaba que me llamaba y salía detrás de ella, pero no podía alcanzarla. Varias veces me encontraron sentado, como sonámbulo en las afueras del pueblo. - Tu marido se está tapiando - le decían a mi mujer cuando me traían - Hazlo ver de un brujo. Esa noche final me quedé otra vez en el poyo mirando la lluvia. Durante un relámpago la vi arriba al pié de la pirca, debajo de las hojas de un méjico grande y vi como un chucurillo se le escapaba de las manos. Adiviné que sonreía mirándome desde las sombras. Su aroma me venía desde arriba, a unos treinta metros de donde yo estaba mirando la lluvia. Me paré y me metí a la lluvia y el barro de la calle me llenó los zapatos, caminé hasta el lugar donde la vi, pero no estaba, sin embargo sentía su presencia, su aroma, a pesar de la lluvia y el viento.

Y la volví a ver aún más arriba y caminé nuevamente. El agua de la lluvia me mojaba completamente, sentía las gotas en la cabeza y en el rostro que tenía que limpiar constantemente para poder verla. Yo seguía su aroma a ciegas. Cuando la perdía de vista, ella aparecía como si estuviera de acuerdo con los relámpagos y siempre el chucurillo se escondía entre las piedras.

Caminaba hacia el Lúngulo, yo me daba cuenta que estaba caminando hacia ese lugar donde algún ser sobrenatural había reunido a todas las grandes rocas del pueblo. - En el camino alguien me alumbró con una linterna de mano y me habló no sé qué. Caminé así unos diez minutos.

Cuando llegué al Lúngulo, la vi otra vez sentada sobre una roca, hermosa, radiante, como si la lluvia no pudiera mojarla y me llamo y

avancé hacia ella sin importarme el camino que había terminado al borde del río que tronaba caudaloso, chocando entre las piedras.

Yo estaba seguro que flotaría en el aire y llegaría hasta ella. En ese instante dos hombres me agarraron, seguramente para detener mi caída, pero yo no sentía su fuerza. Era como si mi cuerpo pesara toneladas. Ninguna fuerza humana podía detenerme. Y llegué hasta ella. El deseo de tenerla en mis brazos era superior a cualquier fuerza y la abracé desesperado, quise besarla y miré su rostro, bellissimo, blanco, puro. Entonces miré sus ojos y no tenía ojos. Eso fue lo último que pude ver en esta vida. Mi cuerpo cayó al río y aquellos hombres que quisieron sostenerme antes, me sacaron como a doscientos metros río abajo, curucho. Casi ahogado me sacaron del río, pero yo ya no tenía ojos. Tenía heridas en todo el cuerpo. Pero ninguna en los ojos. Mis parpados estaban pegados, vacíos, y ni una gota de sangre brotaba. Así es como perdí mis ojos. La chununa me los tiene. La chununa me robo los ojos.

LOS ADNIGAEBLOS

Yo solía volar por el silencio de las montañas cada vez que la luna se empeñaba en brillar como un sol fatigado, menos brillante pero más grande y más suave. Hasta podría decir: Cuando la luna se empeñaba en acariciarnos con sus rayos.

A nosotros los adnigaebls la luna nos hace transparentes y podemos volar sin que nadie pueda vernos ni sentirnos, ni siquiera las aves. Nosotros somos millones de millones y somos exactamente la misma cantidad que los seres humanos. Cuando uno de ellos muere, uno de nosotros nace y cuando uno de ellos nace uno de nosotros muere, en cualquier parte del mundo.

La noche de mi primera muerte yo estaba buscando, como siempre, al ser humano al que correspondo. Algunos de nosotros demoramos muchos años para encontrarlo. Pero casi siempre lo encontramos.

Solamente en noches de luna llena podemos entrar en el cuerpo de cualquier ser humano, mientras duerme. Si la mujer u hombre, anciano o niño puede soñar y recuérdalo que sueña es porque ya tiene su adnigaeblo. El ser humano que no sueña, aún no lo tiene. Como comprenderán durante siete noches de cada mes podemos buscar a nuestro correspondiente al ser humano. Los restantes días vagamos y formamos parte de la sombra de las cosas que han tocado los hombres. Por ejemplo no podemos ser parte de la sombra del huatuqui porque este es un árbol que todavía no han tocado los hombres. Tampoco podemos ser parte de la sombra del ayaymama, porque este es una ve que nunca han visto los hombres. Sin embargo ambos existen.

Yo tenía una jaula hecha con lianas de huatuqui donde tenía encerrada a una ayaymama macho de cresta amarilla.

Cada noche de luna llena, como decía, tratamos de acoplarnos a un ser humano, muy lentamente. Primero a su piel, luego a cada uno de sus órganos internos dejando el corazón al centro y siempre al final la medula espinal. Pero no siempre logramos acoplarnos totalmente porque el ser humano a veces tiene temor de ser feliz o cree que no merece ser perdonado y al intentar acoplarse a su piel siente escozor o le brotan ronchas y termina despertándose. Como el acoplamiento tiene que ser total, en una sola vez y en una sola noche, nos retiramos a la sombra de las cosas que han tocado los hombres.

Es esta hora recuerdo a un hombre recostado frente a su televisor y recuerdo a un adnigaeblo intentando su total acoplamiento durante 6 noches consecutivas de luna llena sin haberlo logrado. En séptima última noche, en la sombra de una puerta esperaba la luz de la luna para volver a intentarlo.

El exceso de presencia de un adnigaeblo cerca a un ser humano hace que este sienta adormecimiento y deseos de dormir.

Por esta razón el ser humano que recuerdo, estaba profundamente dormido cuando la luz de la luna llena llegó a la tierra. En ese momento el hombre tenía 45 años 11 meses, 29 días y 32 minutos de nacido.

El adnigaeblo tenía el convencimiento de que aquel ser humano era su correspondiente. Por eso se olvidó del tiempo y no fue prudente, sorprendiéndolo la luz del sol dentro del cuerpo del hombre y quedando atrapado dentro de él.

Un adnigaeblo atrapado dentro del cuerpo de un ser humano con la luz del sol, hace que se vuelva materia palpable y que produzcan endurecimiento de los órganos en donde está acoplado y éstos se paralizan y dejan de funcionar. Aquel hombre murió el día de su cumpleaños y había cumplido también 4,195 noches de luna llena sobre la tierra.

Coincidente uno de sus hijos recibió aquella noche el total acoplamiento con su adnigaeblo y soñó que su padre había muerto. Para que el lector tenga claridad al leer esta historia, debo confesarles que una vez cada 91,200 noches de luna llena, el adnigaeblo puede, en una de sus muertes, convertirse en un hombre, y al comenzar la primera hora de la noche de luna llena número 4,977 desde el nacimiento de su correspondiente, puede durante 7 horas recordar lo que ha sido, y escribir, si así lo desea y si puede, todo lo que se relacione con los adnigaeblos, para que los hombres puedan entender, si quieren, porqué sueñan y mueren. Después de la. 7 horas que nos concede SIDO nada podrá ser recordado.

E intento en estas 7 horas, tal vez desordenadamente, explicarlo todo. Mi correspondiente tiene ahora 54 años, 2 meses, y 3 días y como ser humano no he sido preparado para poder expresarme con claridad.

En la quinta hora me encuentro sorprendido y temeroso y viene a mi mente aquella noche en que un adnigaeblo intentaba acoplarse a una mujer que estaba pariendo. Siento ahora lo mismo que sentí aquella noche... Para un adnigaeblo lograr el total acoplamiento con una mujer pariendo es uno de los actos más sublimes que pueda tener. El acto da tres veces la vida: La luna brillaba como nunca y la madre perdía fuerzas, el parto se prolongaba, el niño parecía no querer salir del vientre de la madre. Sudorosa, cánsala, doliéndole todo el cuerpo, sufrió un desmayo, se quedó dormida, apenas unos instantes. Pero fueron suficientes para que el adnigaeblo se acoplara, plena y definitivamente.

Era ella su correspondiente, y entonces cada célula, cada tejido, cada órgano de aquella madre fue llenada con su energía y soñó que el niño se ahogaba en su vientre. Entonces despertó con fuerzas y pujó y pujó, hasta que escuchó el llanto amado de su hijo. La madre jamás olvidaría aquel sueño. Aquella noche yo comprendí que la misión del adnigaeblo y del hombre era cuidar la vida, en cualquiera de sus formas, en cualquier lugar del mundo.

Esta noche no sé si terminará mientras duermo o cuando despierte y me quedo mirando el vacío, sintiendo que las horas terminan y no podré escribir todo lo que tengo que decir.

Debo entonces darle al ser humano los siguientes mensajes:

1. - Durante la última noche de luna llena de cada mes, los hombres que no sueñan deben tratar de despertarse antes de la aparición de la luz del sol.

2. - Los padres que tienen hijos que no sueñan no debe preocuparse, porque la materialización palpable de un adnigaeblo con la luz del sol solamente ocurre después que el ser humano ha superado las 1,368 noches de luna llena sobre la tierra.

3. - Si un ser humano siente escozor o le inquieta algo sin razón aparente mientras trata de dormir, no debe insistir en conciliar su sueño. Debe despertar definitivamente y averiguar si se encuentra en luna llena.

4. - Colocar en la cabecera de su cama y bastante visible, un calendario que indique claramente el inicio y el término de la luna llena en cada mes.

5. - Todo hombre que no sueña y que supere en la tierra las 3,648 noches de luna llena, debe propiciar el acoplamiento con su adnigaeblo y evitar así el endurecimiento de su corazón.

6. - Para propiciar el acoplamiento de un hombre con su adnigaeblo, el primero sólo tiene que desearlo y mostrarse dispuesto. Esto último se logra cuando se ha podido perdonar.

7. - Deben creerme para que puedan amar y por lo tanto vivir.

En esta hora final sé que debo decirles muchas cosas más, pero estoy empezando a preocuparme por la vida y eso quiere decir que mi sétima hora se está acabando.

Sin embargo debo decirles finalmente que me convertí en hombre porque hace 4,470 noches de luna llena me acoplé plenamente a un moribundo y no pude hacer que viviera. Yo lo reemplacé. El moribundo era un niño de 5 años, 3 meses y 1 día de nacido.

Traten de comprender. No puedo decirles más.

SALVADOR QUINTEROS

El vacío como el dolor que no se cura, parecía atravesar los últimos días de Salvador Quinteros. Y digo atravesar, porque en su largo camino siempre había un espacio vacío que se comía su realidad y a veces, para colmo, se comía hasta sus pies descalzos. Salvador en estos últimos años sólo paraba en el suelo.

Huir de la realidad, después de todo, es un descanso, especialmente cuando se trata de la realidad de Salvador Quinteros.

Había nacido en Talaneo. A los 10 años se vino a Piura solo, para ayudar al tío, hermano de su padre, en la paña de algodón en una Hacienda de Catacaos. Así comenzó un largo camino, duro como el amor imposible, como el beso prometido de la vida que lo dejaba.

Desde niño, mientras sus manitos corrían de una bellota a otra, con desesperación, comprendió que no podría competir con nadie por nada nunca. A los 12 años le dieron por primera vez su media tarea de trasplante de arroz con otros niños: él fue el último en terminarla.

En aquellos años sentía miedo a la soledad sin cariño, distinta de aquella otra soledad abierta y pura de la Sierra, la que parecía un nido enorme, frío, sembrado de vientos, pero al fin de cuentas nido. Distinta de aquella otra soledad con su padre y su madre silenciosos, cansados de tener lo mismo, que a veces es lo mismo que no tener nada, pero al fin de cuentas, su padre y su madre. Sentía el miedo en los huesos, metido como aire húmedo, desagradablemente tibio en las rodillas, entre las costillas, en medio del pecho y en los ojos fijos del niño que ya no llora.

Cuando pasaron los años uno detrás de otro, en un carga montón agobiante, se fue dando cuenta que las manos se le habían quedado pequeñas y duras, tan duras que podía romper piedras con sus dedos pequeños, apenas esforzándose. Una noche cuando tenía 20 años, el mayordomo le encargó la guardianía de la Casa Hacienda. Le pareció tan injusta la orden que se puso a frotar y frotar la enorme llave de la casa hasta convertirla en una bola.

Sin embargo, solamente una persona conocía esa curiosa facultad de Salvador Quinteros: La "Guada Mocha". Guadalupe se llamaba en realidad, tenía huequitos en sus mejillas morenas como el trigo, y mocha le decían por culpa de Salvador. . . Cuando ella cumplió 15 años él

tenía 18. Siempre se encontraban. Y se volvieron a encontrar sembrando de maíz la chacra de Severino Merea. Era sábado, la tarea se había terminado, los sembradores se habían marchado de dos en dos en sus piajenos. Como ellos no tenían burro se quedaron a pie en la soledad del medio día tibio de mayo, librándose. Ella se sentó al lado de la acequia y empezó a lavarse el rojo del remedio de la semilla. En ese momento Salvador la agarró por la espalda y la tumbó sobre el bordo. Ella pujaba por la rabia y lo empujaba con cada centímetro de su cuerpo hacia todos los lados. Por fin se le escapó y lo único que se quedó con él fue su dedo corazón que había jalado retorciéndoselo para poder retenerla. Se lo había sacado de cuajo como quien la corta con un cuchillo filudo.

Ella gritó, pero Salvador debió gritar más fuerte y más desesperadamente, porque cuando recobró la razón la Guada estaba a su lado curándole con agua las heridas que se había producido en su locura, al descubrir el perjuicio que le había hecho.

Ella nunca dijo cómo perdió su dedo corazón y Salvador nunca dijo que la Guada fue suya cuando apenas tenía 15 años.

Se casaron cuando él tuvo 22 años (cuatro años después que la dejó mocha) y cuando pudo tener una parcelita de dos hectáreas que le vendió su compadre Jiménez Ramírez, quien a su vez recibió otra de la Cooperativa.

Maldita parcela que lo volvió tísico y le envejeció a la mujer antes de tiempo, vieja historia repetida en cada hombre que tuvo la desgracia de ser pequeño agricultor en el Perú.

Y dicen que el Banco Agrario está quebrando porque los cholos son ociosos y se tiran el dinero que les prestó. Bromas de blancos.

Salvador Quinteros era agricultor desde los 22 años, propietario de su parcela, prestatario individual del Banco Agrario, peón asalariado del Estado para darle comida a los ricos: préstamos por cucharadas, trabajo y más trabajo, intereses, trabajo y más trabajo, y más hambre y más miseria. Hasta cuándo, decía Salvador Quinteros, hasta cuándo.

Ahora tenía 40 años, dos hijos vivos, dos hijos muertos y una mujer media viva y media muerta.

Es cierto, pensaba, ya no hay patrón dueño de la Hacienda, ya no hay dirigentes de la Cooperativa, ahora está el Gobierno más dueño que antes de la miseria que los hacía toser con sangre. Y, como si estuviera soñándolo todo, se dormía con su esperanza, confundido y torpe.

Trabajaba él, su mujer, los hijos desde que aprendieron a caminar, desde el amanecer hasta que anochece y cada bendito día que amaneció lo hizo más pobre. Sin dinero para comprar nada, criando animales hasta con caca, para que lo coman otros.

Una tarde mientras él y la Guada chaleaban los bordos, miraron un remolino que salió de la acequia como por encanto y envolvió al hijo menor hasta hacerlo desaparecer. Los dos corrieron a sacarlo y el remolino lo soltó. Pero lo soltó loco. Desde ese día el hijo no

quiso ponerse ropa y andaba desnudo jugando con barro a la orilla de la acequia, comía lo que comen los animales y nunca lloraba ni extrañaba a nadie. Siempre estaba sonriendo como si fuera un niño feliz.

Los cholos no se suicidan nunca, mil veces vencidos, engañados, se levantan instintivamente hacia la vida y le abren las entrañas a la tierra buscándole el corazón para comérselo hasta dejarla morir. No tienen dinero para comer, menos para darle de comer a la tierra que los alimenta. No es el hombre el que se convierte en polvo, sino el polvo que se convierte en hombre.

Una mañana abrió los ojos tristes y miró a su Guada mocha, flacuchenta, ajada, con los pies de su hijo al lado de su cara hermosa. El hijo loco que nunca dormía lo miraba riéndose como si se burlara de su angustia. Se quedaron mirando largo rato hasta que el niño se dirigió a la puerta abriéndola. La luz del sol entró a la casa como un torrente y en el marco se dibujó su hijo como una sombra que lo llamaba hacia afuera. No podía Salvador distinguir bien las cosas, pero podía mirar la manito de su hijo llamándolo. Jamás había sucedido eso desde que el remolino lo envolvió, así como que avanzó hacia la puerta contento, pensando que Dios por fin le estaba dando un poco de alegría curándole al hijo. Quiso abrazarlo, pero el niño corrió hacia el campo raudamente. El sol pegaba fuerte sobre su rostro y tenía que achicar los ojos para distinguir al niño que seguía llamándolo. Corría hacia la noria. A un lado de ella estaba la palana vieja con la hoja gastada y sin filo. El niño la cogió y se la dio a Salvador enseñándole la noria. Al comienzo no entendió, pero los gestos del niño lo hicieron entender: Quería que entrara a la noria y cavara más hondo aquel hueco donde vivían todos los mosquitos del lugar.

Por alguna razón que no pudo entender bajó y comenzó a cavar. El niño saltaba de alegría alrededor de la noria mientras el barro lo cubría en cada palanazo que lanzaba Salvador. Repentinamente la palana vibró fuerte en las manos de Salvador. Supuso que había chocado con una piedra. Pero no era una piedra. Era una barra de metal que sacó a la superficie. Quiso limpiarla, pero todo él estaba cubierto de barro. Subió y buscó el balde con agua limpia, sumergió la barra y quedó en sus manos, amarilla, brillante. Sonrió feliz y volvió a mirar a su hijo, pero éste había desaparecido. Lo llamó despacio primero, luego fuerte y aún más fuerte. Despertaron su mujer y su otro hijo, todos gritaron fuerte, buscaron por todo lugar, en todo rincón, en todos los momentos y no lo encontraron. No lo encontraron nunca más.

LA GRUTA

Antes de aquella noche yo estaba convencido de que era inútil recordar todo lo vivido y menos aun cuando nada de lo vivido había valido realmente la pena. Setenta años eran muchos años. Y como viejo solitario quería tener mi propia forma de morir. Hasta que sucedió algo que alteró toda esa filosofía hueca y quebrantada por los caminos hondos que dibujaron mis penas.

En aquella hora mi perro ladraba y miraba el vacío, al mismo centro de la noche, como si alguien lo amenazara. Avanzaba y retrocedía sin dejar de ladrar, gruñía y enseñaba sus dientes encrespando los pelos del lomo. Yo lo miraba desde mi bolsa de dormir, metido en la cueva que parecía más oscura que la noche. Un escalofrío me sacudió haciéndome temblar con mayor intensidad cuando vi que el perro escondió el rabo entre sus piernas y gimiendo se volvió a mi lado sin dejar de mirar el vacío de la noche que parecía seguir amenazándolo, tanto, que retrocedía casi empujándome con violencia. De pronto se retorció y sus patas ya sobre mi pecho comenzaron a temblar Como si estuviera soportando un peso por encima de sus fuerzas. Gemía lastimosamente hasta que pareció rendirse y se desplomó a mi lado, al otro extremo, muerto.

Yo estaba paralizado mirando al centro de la noche, al vacío, con el mismo espanto del perro. Escuchaba los latidos de mi corazón, los sentía en mis sienes, en la punta de los dedos, sentía un calor intenso, raro, absurdo, en mis fosas nasales, quería encontrar en medio de la oscuridad un objeto, una forma, un color, algo que le diera razón al miedo que sentía. Mis ojos abiertos como platos descubrieron por fin

una forma encorvada, al comienzo tenue en la noche y luego más clara, más nítida a medida que yo iba perdiendo la razón. Ya no escuchaba mis latidos. Sentía como si hubiera escapado de mi cuerpo y me elevaba hasta la altura de la forma encorvada. Es entonces que pude ver al centro, de lo que podía ser su cara, dos profundos huecos por los que se podía distinguir una oscuridad diferente, espesa, abrigada. Por uno de ellos vi que se iba mi perro, caminando de espaldas a mí, hacia lo más profundo. Estiré las manos y quise llamarlo, pero no tenía manos ni voz. Mi cuerpo estaba inmóvil, abajo, metido en la bolsa de dormir, quieto como un cadáver.

En ese instante un grito ensordecedor hizo cambiar la escena radicalmente, la forma encorvada se encogió aún más y se convirtió en una esfera pálida. Entonces caí vertiginosamente sobre mi cuerpo y desperté en él: una mujer con las ropas desgarradas y la boca ensangrentada estaba parada a la entrada de la cueva sus manos parecían garras y las agitaba frente a mí como amenazándome mientras gruñía como un animal hambriento que le disputaban su alimento.

Por momentos parecía querer decirme algo y se cogía con ambas manos la garganta mientras repetía entrecortadamente: "muerte, muerte" y luego con voz como de trueno volvía a repetir las mismas palabras, una y otra vez.

Al comienzo creí que la mujer iba a matarme, pero pasados unos minutos observé que daba vueltas en la cueva desesperadamente, se mordía las manos hasta hacérselas sangrar y otras veces se jalaba los pelos sacándoselos de raíz. El miedo que sentía yo, se fue convirtiendo lentamente en lástima ante aquella imagen desgarradora.

Pude incorporarme y poco a poco fui saliendo de mi bolsa de dormir que empuje a un lado con los pies. Ella seguía dando vueltas en la misma actitud que he descrito. Cada vez que pasaba cerca de mí se sorprendía y me miraba como si yo fuera una visión nueva para ella. Empecé levantando la mano con temor. No se me ocurría otra cosa para acercarme a ella. Pasó no sé cuánto tiempo y empezó a darse cuenta que yo estaba en realidad allí, lo que de inmediato produjo en ella el

deseo de huir, pero evidentemente no tenía a donde ir. Así que se sentó acurrucada a la entrada de la cueva, con la cabeza y las manos completamente vencidas, cansadas.

Parecían querer desprenderse de su cuerpo.

A qué abismos se habría asomado aquella mujer para convertirse en esa imagen de la desesperación y la angustia. Pude verla más claramente al acercarme a ella. Parecía dormida, su pelo era negro y largo hasta media espalda, en ese instante estaba desordenado y sucio, vestía ropa común pero completamente desgarrada, como si alguien hubiera querido rompérsela mientras la tenía puesta. Sus pies pequeños estaban descalzos y con heridas en diferentes partes. Ya casi junto a ella pude observar que no dormía, sus ojos estaban abiertos, desorbitados, con la mirada, en el suelo, como si esperaba que algo apareciera. Al percatarse de mi presencia se paró violentamente y salió corriendo hacia el campo oscuro, tan rápido salió que tropezó y cayó rodando entre las piedras sin quejarse, sin proferir un solo grito. Sin embargo, el dolor que sentía debió ser muy intenso porque no podía moverse a pesar de querer hacerlo. Bajé hasta donde yacía la mujer herida doblada de espaldas sobre una roca y ya muy cerca de ella, escuché que me dijo con voz apenas audible:

- La muerte está aquí, pero le tiene miedo a sus recuerdos... Déjeme así... sola...

Me detuve en la oscuridad sin saber qué hacer, era tan profunda su voz.

Estaba intentando regresar a la cueva cuando una nube enorme produjo en el ambiente una oscuridad casi absoluta no podía distinguirme ni siquiera las manos. Nuevamente tuve aquel miedo a lo desconocido, ese terror inenarrable de sentirme rodeado de fantasmas. Parecía como si alguien fuera a sorprenderme por la espalda y matarme o cuando menos herirme. Instintivamente me tendí en el suelo tratando de protegerme de lo desconocido. Miraba nuevamente el vacío de la noche con aquel deseo desordenado de encontrar algo en sus entrañas. Y allí estaba nuevamente la forma encorvada frente a mí, flotando en la inmensidad de la noche, con sus dos enormes ojos que parecían túneles infinitos. Quería gritar y no podía, correr y mi cuerpo

estaba quieto, duro sin voluntad. Había salido otra vez de mi cuerpo y desde arribe escuche la voz de la mujer herida que decía:

- Deme su mano. No quiero vivir así... esta vez yo escojo... nadie podrá quitarme ahora el derecho a la muerte... porque ese derecho debe de existir para personas como yo... un ser humano sin recuerdos es un cadáver... yo no he tenido padres ni tengo hijos... sin embargo, me dicen hija y me llaman madre personas que nunca he visto... lloran por mí, se enternecen por mí... pero yo no los conozco. . . nunca los he visto. . .

Luego gritó como, si llamara a alguien sin nombre, sin rostro, como se llama por última vez a una esperanza. Yo le tendí la mano y caí sobre mi cuerpo.

Antes de cerrar los ojos vi a la mujer herida que se iba caminando por el túnel infinito de la forma encorvada, de espaldas a mí, hacia lo profundo.

A la mañana siguiente cogí todos los años de mi vida, los cargué y me puse a caminar hacia el tiempo que me quedaba de vida. Una vida solitaria, es cierto, cargada de recuerdos amargos, pero también de la risa de mis hijos, de sus besos, de sus caricias, de sus manos pequeñas que ahora acarician otros sueños. Llena del amor de la mujer ausente... tal vez ahora nadie piense en mí. Tal vez. Pero tampoco nadie me podrá negar que hubo días que fui el primero y hubo otros días que fui el único. Eso será cierto para siempre.

Sí. Aquí te espero forma encorvada. Yo no saldré a buscarte. Aquí te espero dormitando en mis recuerdos.

EL MIEDO DEL SUICIDA

Antes yo creía que el cielo era azul, tan azul como los gorriones azules como las faldas azules de los cerros como los sueños azules de una mujer azul. Pero al final he comprendido que el color azul no existe, porque, el cielo de los padres y los abuelos de todos los que ahora vivimos jamás existió.

Recuerdo a mi pobre abuela arrodillada de negro, con las manos juntas sosteniendo el rosario negro, brillante de tanto frotarlo, mirando al hombre de la cruz, tan humillado, ensangrentado y vencido como ella.

Y recuerdo a mi pobre abuelo borracho que amanecía con la esperanza de volver a sentir el alcohol desgarrando su garganta deshecha y calentar su estómago tan enferma como hambriento.

Sí, yo estaba seguro que el cielo era azul, hasta que vi llover sin misericordia, y entonces comprendí:

Mi madre me miró otra vez, tan sólo para hacerme más daño y me; dijo:

- No tengas miedo... no llores... no camines hacia mí porque ya no podrás alcanzarme... mi espíritu luchará para estar contigo...

Y entonces murió, así como se desprende la hoja de un árbol, lenta, imprevisiblemente, y cae liviana, seca y la hoja deja de ser hoja y el árbol sigue vivo pero de una manera distinta.

Por qué tiene que repetirse todo. La crisis económica mata esperanzas, ilusiones, asesina hombres, enturbia pensamientos, golpea, destroza y nos deja en coma, agonizantes perplejos, sin poder entender por qué nos estamos muriendo tan miserablemente.

Ella quería vivir más, estoy seguro que quería vivir más y el médico lo sabía de tanto que escuchaba su corazón.

- Trate de conseguir estas medicinas - me dijo - desgraciadamente este hospital no cuenta con ellas. Ni éste ni ningún hospital del país. Es la crisis económica - y bajó la mirada avergonzado porque sabía que me estaba entregando la culpa de esa muerte que después de todo él no tenía por qué asumir.

Y yo, el que se sienta en la banca de un parque con el alma encogida abrazados a sus posibles rodillas, como si se le hubieran volado el corazón y la sangre, vacío, con las manos vacías... el que busca y busca y busca trabajo y jamás encuentra... el que llora como un niño que sabe que nadie lo ama... el que no tuvo dinero, el que no tiene dinero para enterrar lo que ama, estaba tratando de aceptar la culpa de la muerte de la mujer que más me amó.

Ella era como el pueblo de la Sierra donde nacimos. Se podía estar mirando los cerros horas de horas, como si se estuviera esperando ella misma, como si por el camino sinuoso de las montañas esperara alguna sombra de algún ser que jamás se fue. Todos teníamos la misma esperanza loca. Y a fuerza de mirar el horizonte comenzamos, menos ella, a soñar en la ciudad de los misterios, donde uno podía caminar en las noches por una calle Leyendo un libro, donde los carros eran tan rápidos que se podía conocer muchos lugares el mismo día.

Era tan difícil creer eso en aquellos años allá en la Sierra donde ella y yo nacimos...

Cuando llegaba un camión a mi pueblo, era motivo de fiesta para todos. Yo recuerdo el monstruo cubierto de barro con sus llantas

enormes rodeadas de cadenas. Se abrían sus puertas como pequeñas bocas y los pasajeros agonizantes volvían a la vida al sentir debajo de sus pies la tierra que amaban. En las entrañas de aquel monstruo se quedaban los cilindros de Kerosene, los sacos de alimentos y las cajas de cartón manchadas de todo.

Por eso tal vez era que el arroz que cocinaba mi madre a veces sabía a Kerosene.

Para nosotros los niños de aquel pueblo, era difícil creer que existieran ciudades que no se podían recorrer en un solo día. Era difícil para nosotros creer que en aquellas ciudades había niños que veían el cine en su propia casa. Pero con el tiempo todo se puede crear, hasta se puede creer que Dios no existe.

Pero desgraciadamente a los que nada tenemos, lo único que eso nos produce es más miedo.

Con el tiempo, con mis años, con esta edad pesándome dolorosamente; ahora, me es difícil creer que pueda existir algún lugar donde los niños no puedan leer un libro en las noches oscuras. Y más difícil aún me resulta creer que jamás hayan olido el Kerosene.

Pero existen. Aquí en mi patria, existen.

Mañana será un día igual para todos. Habrán muchos días iguales todavía. Pero amanecerá uno en que la esperanza será más fuerte que la ausencia y todos podremos vivir para luchar cara a cara, honestamente, por lo que a última hora nos tocará tener si nadie nos pone una trampa.

Porque una madre se puede morir indudablemente, pero no la puede matar un médico que se declaró en huelga. Es doblemente cruel: Por el dolor de la muerte misma y por la infamia del crimen. Aún más, es doblemente infame: Porque es un hombre que se niega a ayudar a su prójimo y porque ese hombre es un médico.

Yo moriré un día, y mi espíritu saldrá a buscar el espíritu de mi madre para vengarnos de aquella muerte injusta.

Sin embargo, le pregunto para que lo sepa desde ahora y si puede oírme:

- Madre, aún puedes amarme en aquel mundo? ¿Tienes todavía la forma del cuerpo que yo amaba? ¿Suena aún tu voz como antes? ¿Puedes poner tu mano sobre la mía? ¿Todavía tienes las ojeras negras y profundas? ¿Aún sale tu risa despacio como arroyuelo al río de tu pena silenciosa? ¿Aún sangra tu púrpura herida? Porque si no tienes todo eso, entonces como podré encontrarte.

Pasarán muchos años desde tu muerte hasta mi muerte. Y el hijo que muera no será el mismo que viste al morirte. Luego tampoco tú podrás encontrarme.

Por ninguno de los dos caminos nos volveremos a encontrar como hijo y como madre. Seremos de repente dos espíritus desconocidos buscando un cuerpo en quien comenzar a vivir. Sin embargo, aunque jamás volvamos a encontrarnos, tú vives en mí, vivirás en mis hijos y en los hijos de mis hijos. Para siempre. Sin embargo, aunque jamás volvamos a encontrarnos, es ahora que mi cuerpo grita que no lo golpeen más. No puedo defenderme, ni siquiera huir. Entonces tengo miedo del hombre bueno que agoniza y aún más miedo del hombre cruel que empieza a nacer.

Yo puedo perdonar a todos los que mataron a todas las madres y a todos los hijos de mi país, pero lo que jamás podré perdonar es que los sigan matando.

Yo hasta podría perdonar a Dios si él tuviera la valentía de reconocer que también es culpable de todo lo que está pasando.

EL LOCO

Como todas las mañanas, una aguda sensación de angustia me invadía por completo. Por experiencia sabía que esa sensación desaparecía en cuanto me ocupaba de mis quehaceres diarios, por la tarde apenas si la recordaba. Al comienzo imaginaba que era consecuencia de algún sueño terrible que habría tenido durante la noche y el que nunca podía recordar, luego supuse que era un pensamiento de que algo malo iba a ocurrirme, pero pasaban los días y mi vida se acababa normalmente.

Aquella mañana mi angustia era descontrolada y ni cuerpo temblaba como cuando uno se "muere" de frío, yo mismo me extrañaba de esa sensación, ya que no había razón alguna para ese temor terrible, tenía trabajo, una mujer que me amaba, todos mis familiares tenían buena salud. Sin embargo algo me torturaba hasta la desesperación. La taza temblaba en mis manos y estuve a punto de dejarla caer, bebí apresuradamente el café y salí a la calle. No tuve que esperar mucho como otras mañanas y subí al ómnibus repleto de trabajadores y estudiantes.

- Pasajes, pasajes.

Maldita costumbre esa de hacer sonar las monedas mientras cobran.

- Señor más atrás por favor no le da vergüenza. Y el señor se retira señuelo de las nalgas de la señora que protesta. Estos hombrecitos son increíbles, pueden colocarse detrás de cualquier trasero. Y si son descubiertos inmediatamente se agachan, miran la calle como si estuvieran buscando una dirección, ponen cara de

desamparados y luego vuelven a insistir, no me explicaré como algunas mujeres terminan por aceptarlo, aunque a veces llueven las cachetadas y los carterazos.

Tenía ganas de llorar, una desolación increíble me embargaba, alguien en algún lugar me buscaba y gritaba mi nombre al borde de la locura, pero quién, dónde.

Baje del ómnibus empujando.

- Permiso, permiso por favor. Bajan, bajan.

Eran la 8:30 de la mañana, otra vez tarde, otro memo.

Que se vayan a la mierda el director, el gerente y todos los jefes que existen. Entré a la oficina: el mismo ruido de siempre, el mismo apresuramiento innecesario, la voz chillona de la recepcionista, las órdenes, las llamadas, las preguntas.

- Aló, hable más fuerte por favor, no lo escucho. El ingeniero se encuentra de viaje, llame más tarde.

Aló, no lo escucho.

- Necesito una camioneta para las cinco de la mañana.

- Sánchez, ¿sabes manejar el mimeógrafo?

- Cincuenta páginas en un día, está bueno

- Plagas, carros viejos, la llave de la oficina se la llevó Rodríguez... Carajo, te estoy diciendo que yo no sé nada.

Yo me cubrí el rostro" con las manos y sentí unos deseos enormes de gritar y patear mesas, sillas, libros, pero puede dominarme y salí con dirección al baño.

- Cagón.

Escuché que alguien me dijo, pero yo seguí imperturbable ignorándolo todo. Sentí que todos tenían sus ojos clavados en mis espaldas. Ya sabía que cuando me paraba todos me miraban disimuladamente.

El día pasaba lentamente, al medio día el personal salió a comer, pero yo me quedé, como hacía desde días atrás, sentado en el escritorio porque a la vez de no tener hambre, quería ver la reacción de mi jefe ante mi actitud: él no sabía que yo estaba escondiendo los expediente, Permanecí agachado sobre mis papeles como si trabajara y los miraba pasar a punto de reírme. Estaba convencido que de un momento a otro me iban a llamar a la dirección, sin embarco sonó el timbre le salida y nada pasó. Espere aún dos horas pensando en el barredor, quería darle un susto antes de regresar a casa. Eran ya las siete de la noche cuando escuche sus pasos, inmediatamente apagué todas las luces y me escondí debajo de mi escritorio, él silbaba mientras recogía los papeles regados sobre el piso. Contento de su empleo o contento de estar solo? Llegó a la altura donde yo me encontraba y me descubrió. Puso unos ojos de plato, dejó de silbar y dejó la escoba. Entonces yo me paré y le dije "hola", luego pasé por su lado tan campante y muy serio.

Salí a la calle y otra vez aquel temor. Volver a la casa con esa sensación, era "armar" lío por cualquier motivo, así que decidí dar unas cuantas vueltas por la ciudad. Me gustaba seguir a las muchachas bonitas con rostro bondadoso que tuvieran buen cuerpo, no sé concretamente con qué objeto, pero iba detrás de ellas como amante rechazado. A veces me subía a un ómnibus y buscaba entre los pasajeros a la mujer deseada. Por todos los medios posibles lograba colocarme frente a ella, entonces la miraba embelesado y con la mirada le confesaba mi amor, mi ternura. Si se bajaba del ómnibus yo hacía lo mismo y la seguía. Pero no sé por qué siempre echaban a correr y yo me quedaba de pie tembloroso, al centro de la acera, durante no sé qué tiempo. Otras veces lograba llegar a la puerta de sus hogares y me quedaba frente a sus casas, largos minutos, esperando la salida de ellas, que nunca se producía.

Sentía mucho frío y luego de caminar mucho, llegué a un parque, me dolían un poco las piernas y me senté en una banca, hacía mucho frío y por eso junté las rodillas sobre el pecho y las abrace. La gente me miraba, pero yo sentía tanto frío, que no me preocupaba tal cosa. Total, con tanto loco que había, yo podía pasar como un loco más, aunque lo

que me preocupaba sobremanera era mi terno, los locos no usan terno nuevo ni corbata, pero en fin de todo hay en la Villa del Señor. Así que en esa posición, comencé a estudiar a todas las personas que se hallaban a mí alrededor. Primeramente enfoqué mi atención en una pareja que se abrazaba y besaba como si quisiera-, fundirse. Ambos vivían en ese momento por el sexo, en el sexo y para el sexo. Pensé que toda esa fuerza quedaría trunca cuando ambos, desnudos, descansaran el acto sexual tantas veces deseado. Descansar, volver a desear y así hasta el cansancio total y el hastío. Que miseria, de vida: nunca poder estar contento.

En esos momentos pasaron por mi mente las noches más sensuales de mi vida y me empeñaba en recordar aquello que me hacía sentir punzadas de placer. Yo miraba la pareja, soñaba. De pronto llegué a la conclusión que necesitaba tener contacto sexual urgentemente. Sin cambiar de posición comencé a mirar a todos lados buscando alguna mujer, me dolía el pene la rigidez prolongada. Un hombre me miraba extrañadísimo, lo que me molestó mucho, así que yo también lo mire abriendo mucho los ojos, fijamente. Esto siempre me daba buenos resultados y el hombre después de mirarme tres veces se alejó.

Entonces me enderecé lentamente y me quede mirando un momento las amarras de mi zapato derecho que estaban gastadas y para que no se note los metí como pude a un lado del tobillo, esto para disimular un poco el abultamiento en mi pantalón a la altura de mi bragueta. Ya de pie hice unas flexiones para desentumecer las piernas y no tuve más remedio que ir en busca de una prostituta. Tomé el colectivo para el burdel y en menos de tres minutos estuve saliendo del cuarto pestilente a jabón barato y ruda.

Me sentía completamente sin ánimo, quería en esos momentos a alguien que me cobijara en sus brazos, que me arrullara y que me dijera que me, quiere mucho. Más todo era indiferencia a mi paso. Subí a un ómnibus de regreso a casa. Eran ya las once de la noche. Asientos vacíos, hombres dormitando, mujeres temerosas; pensaba en mi vida.

Que había hecho de mi vida... Que habían hecho todos con mi vida. Nunca pude ser mejor de lo que soy y sé que voy a morir sin saber la razón. Veinte años trabajando en la compañía, en el mismo puesto, con el mismo sueldo, alentando cada día la esperanza del ascenso. Veinte años de miseria.

- Lamentamos señor Escoberos manifestarle que su solicitud ha sido denegada por falta de presupuesto.

Hijos de puta y siempre tienen ternos nuevos y ríen y cantan y tienen auto y dan palmaditas en la espalda. Mientras yo me trago mi rabia y mi mujer sigue enflaqueciendo y mis hijos roban. Mierda, mil veces mierda.

Di un golpe en el espaldar del asiento delantero y una señora volteo a mirarme muy molesta y extrañada.

- Perdón, le dije, es que una mosca me estaba molestando.

A veces no podía controlar mis nervios, me daba cuenta de todo sin embargo y cuando sentía que iba a tener uno de mis arrebatos, rezaba con fervor. Recuerdo que la primera vez que me pasó eso, mi mujer me dejó. Tuve que ir a buscarla y llorando le pedí que no me abandonara, que todo iba a ser diferente después, que ahorraríamos mucho dinero y nos iríamos a pasear como si fuéramos millonarios. Pero pasaron los años y ambos envejecimos indiferentes. Demasiado castigados para pensar siquiera en el castigo.

Poco a poco ella se fue alojando de mí, o yo de ella, no sé

Para no asustar a los niños comencé a salir muy temprano y regresaba cuando ya dormían. Comía en silencio y me tendía en la cama con la mirada en el techo, largas horas sin pensar en nada. A veces ella se acercaba y me acariciaba el rostro, entonces yo lloraba y me mordía las manos porque no podía abrazarla. "No existe hoja de árbol que se mueva sin voluntad de dios". Dios es malo, terriblemente malo.

Abrí la puerta de mi casa y entré, todo parecía igual. Sin embargo era otro silencio éste, un silencio más profundo y horrible; y con un amargo presentimiento corrí al dormitorio: mis ojos se llenaron de lágrimas y sentí un golpe de sangre en el pecho. Estaba vacío. Corrí de un lado a otro de la casa buscándolo todo, buscando mi razón de vivir, buscando amor, buscando calor, buscando aquel rostro cansado y enfermo que yo tanto amaba, y por fin Sobre la mesa, un papel. "Jorge estoy en casa de mamá, vuelvo mañana" Y sollozando besé una y otra vez aquel papel y me sentí feliz como nunca lo fui.

LA AGONÍA DE LA TERCERA MADRE

- En el silencio de esta noche, el dolor parece llenar mi cuarto. Y de cada una de sus partes parecen salir, como llamaradas, punzadas amargas que se vienen a clavar a mi pecho convertido en el nido de todos los dolores y todas las angustias.

La madre tendida sobre una de las dos camas que había en el cuarto, con las manos entre las rodillas, doblada, vencida, miraba el vacío buscando una explicación, que no vendría jamás, porque simplemente no existe explicación para la muerte.

Lo curioso era que nadie había muerto.

Sucedía que todos estaban muriendo, ella y sus dos hijos estaban muriéndose. . . de hambre. . . de no entender...

- No tengo comida. Ni siguiera ánimo para pedir. Ya no hay hombres a mi lado... mi marido que lloraba después de golpearle y poseerme creo que está muerto... o se está muriendo, no lo sé.

Eran las 10 de la noche y como sombras, silenciosos, aparecieron en la puerta sus dos hijos, niños pálidos y tristes que no podían aún entender su palidez y su tristeza. Le alcanzaron una bolsa plástica y le ella sacaron un pan duro, seco, que la tercera madre quiso comer sin preguntarles de donde ni si comieron. Tenía miedo que le contestaran que no. Les dio la espalda y quiso masticar el pan, pero sus fuerzas se habían ido con sus esperanzas - Antes los pobres no pedían

limosna y vivían juntos. Ahora piden limosna y se avergüenzan. Por eso viven solos.

- Entonces para que vivir así. Dios me está avisando que estoy sobrando en este mundo. Pero yo no me llevaré a mis hijos cuando muera. Yo sé que la señora Susana, cuando vea en la televisión que están abandonados, sin padre ni madre, vendrá, se lavará a mis hijos y les regalará juguetes y les curará sus granos, estoy segura que así será. . .

...En este momento, en esta soledad, más dura que otras soledades, porque está llena de dolor, de humillación. En esta soledad que se puebla de recuerdos angustiosos, que logra estremecer mi cuerpo, sin poder entender quién me empujó a este abismo y cómo es que puedo vivir en el fondo de él. . .

...Mi cuerpo tiembla, pero mi mente no puede entenderlo, porque está en paz, no tiembla como yo. Mi cuerpo y mi alma están heridos, me duelen. Ahora no podrían perdonar. Pero está mi mente, yo y mi mente, o mi mente sola. No lo sé. Solo existo por ella. No quisiera moverme porque me duele todo. Y mi alma debe ser esa angustia que se agita dentro de mí, ese dolor sangrante que me viene a la cara llena de lágrimas y de sollozos incontrolables.

...Dios mío, no puedo recordar. Sólo sé que me han hecho mucho daño. Tengo hambre pero no podría comer, no puedo. Solo quiero dormir, solamente dormir...

...Mis hijos parecen adivinarlo, lo saben, miran la televisión,... Me muevo un centímetro, suspiro o doy un quejido y ambos me miran rápido... me acarician con la mirada unos instantes, como si me digieran "duerme, duerme..., nosotros estamos aquí, nunca te abandonaremos". Y como si estuvieran de acuerdo los dos vuelven la mirada al televisor.

Con sus últimas fuerzas la tercera madre sacó una carta de debajo de la almohada que volvió a releer para llenarse de recuerdos. Era de su madre:

...mi vida ha sido muy triste, desde niña, recuerdo cuando mi papá nos pegaba a mí, a mis hermanitos, hasta mi mamá cuando estaba encinta. Tenía carácter muy fuerte. Cuando lo veía llegar a la casa yo temblaba de miedo. Huía de su presencia. Él nunca ha sido un padre cariñoso con sus hijos, no conversaba con nosotros, recuerdo que un día castigó a mi hermanito menor. Le dio tan duro que su cuerpo quedó moreteado, con ronchas, rayado. En algunas partes de su cuerpo le salía sangre. Todas sus piernitas estaban con huellas del alambre, porque con un alambre lo había castigado, cruelmente. Mi mamá lo primero que iba hacer es poner denuncia al puesto, en caso que le pasara algo a mi hermano, porque estuvo enfermo, mi mamá le curaba algunas Heridas, entonces desde ese tiempo mi papá estuviera también castigado. Sólo que mi abuelito (su papá) impidió la denuncia. Yo nunca voy a olvidar todas Las cosas que pasaron en el médano. Para mí es como si hubiera sido ayer. Él era un hombre malo que por desgracia es mi padre. En mala hora fui su hija. Ahora él está solo, ya no tiene a quien castigar. Me imagino que estará arrepentido, triste, pidiendo perdón a Dios...

- Pobrecita mi madre, pobrecita mi hermana, tantos años y tampoco pueden olvidar.

La Tercera Madre se puso a escuchar sus sueños, mirando sin mirar sus ojos tristes. Las palabras sobraban como el humo cuando el fuego se muere. Las palabras le hacían daño como las cenizas pálidas, hirientes y llorosas que dejan las cosas que ardieron.

Esas cenizas que le estrujaban el alma, le cubrían la mirada y sólo podía mirar para adentro, pero para encontrar allí todos sus sueños partidos en pedazos deformes solamente. Y ella sabía que de todo aquello nunca podría crecer un nuevo sueño con algo de esperanza en La vida. Se movió lentamente y al hacerlo su mirada tropezó por última

vez con la fotografía del único hombre que tuvo. Lo recordaba ahora tan pequeño, tan escondido en su miseria. Pensaba que jamás lo conoció realmente. Casi nunca lo veía. Y los recuerdos de los primeros años a su lado estaban tan mezclados de fantasías que nunca sabrían cuál recuerdo fue real y cual imaginó para no morir de tristeza. . . Se veía tan lejano todo, tan confuso. . .

- ¿Cuándo fue que me golpeó?, ¿Hoy, ¿ayer?, ¿siempre?, ¿nunca?... me golpeó en el rostro no sé ni en qué lugar más, me sacudía de los hombros de los brazos, de las manos, mi chompa la tenía casi toda en sus manos a pesar que yo la tenía puesta, y me asfixiaba. Cada pedazo de ropa se me pegaba al cuerpo despiadadamente, seguía gritando y no puedo recordar qué. En el forcejeo mis hijos estaban al centro de los dos, también gritando, llorando, zarandeados, golpeados, humillados ante tanta bestialidad, desamparados en su condición de seres humanos.

...Para que tanto odio, para que tanta vergüenza sobre cogiendo tantas almas, para qué tanto dolor atormentándonos...

...Yo no tengo miedo a la muerte... me duelen los brazos, las manos, siento mis ojos grandes y si quisiera llorar, lloraría cada vez que lo intentara. Los moretones me laten como si cada uno de ellos tuviera su propio corazón y sufrieran como sufre el mío. "

Parecía que todo el cansancio y todo el dolor del mundo se le habían concentrado en las cavidades nasales y oculares. Podía sentir los glóbulos de sus ojos, grandes, como si estuvieran flotando en un mar oscuro, flácido. Su nariz parecía tener detrás un enorme hoyo, caliente e hiriente como el borde de un también enorme llanto.

Nada era importante en ese momento, por eso no le importó dejar libre el control de su vejiga que se vació lentamente y sintió el orín caliente regarse entre sus piernas abiertas. Tampoco le interesó el frío que sintió después.

- Creo que en esta vez escogeré la penumbra para bajarme de este tren. Recuerdo que siempre me despertaba en este vagón. Yo miraba desde esta butaca que a un lado del camino todo era luz, gente caminando con cara al sol, niños jugando. Y al otro lado del camino, penumbra, sombras caminando temerosas, como si fueran seguidas por otras sombras y ni un niño juega porque no hay niños allí.

Yo siempre que estuve aquí me bajé por el lado de la luz y entonces despertaba en mi casa o en un hospital, triste llorosa, como si me hubiera costado mucho dolor regresar...

...Esta noche no quisiera bajarme del tren, no tengo ánimos para moverme. Sin embargo sé que tengo que bajarme de algún modo, no sé por qué, pero tengo la certidumbre de que debo bajar, no puedo estar enferma siempre...

...Debo bajar de este tren, esta vez por el lado de penumbra, donde no hay niños... ya no veré a mis hijos entonces...

Todo es tan lejano...

- Qué tienes mamá, despierta... despierta... qué tienes.

Ya no hay sufrimiento. Aquí en la penumbra todo es tan lejano. No quiero que nadie me vea, que no reconozcan mi cara. Ahora estoy acá en la penumbra. Soy una sombra. No sé desde cuándo ni hace cuánto tiempo... Pero de pronto todo cambia en el fondo de la penumbra. Hay una nueva luz. Yo estoy allá de nuevo con personas que no conozco. Mi rostro resplandece con las manos que me tocan y las bocas que me besan. Creo que el chullachaquí volvió a perder la batalla y por fin pude ver el Ayay mama.

LA CASA ABANDONADA

Aquella tarde me encontraba cansado. Había elaborado cuadros aritméticos y me dolían los ojos y sentía punzadas en la cabeza.

Decidí entonces salir a pasear un momento por el campo. A pesar de haber recorrido durante años aquella campiña, nunca dejaba de maravillarme tanta belleza. Era uno de aquellos lugares hechos para que los artistas escriban poemas o pinten cuadros. Hasta ahora pienso que aquel lugar fue uno de los más hermosos que tuve oportunidad de conocer.

Recuerdo que tenía que cruzar un riachuelo para llegar a mi escondí, do lugar de descanso y recreación, el que yo mismo había escogido durante mis paseos diarios. Había que dar pasitos entre las piedras y luego un salto más o menos de un metro para pisar tierra firme. Y allí fue cuando me sucedió lo que a continuación voy a contarles: Al tomar impulso para el salto sentí un desvanecimiento aparentemente momentáneo y digo aparentemente porque al pisar tierra firme algo extraño había ocurrido a mi alrededor, en vez de los pastizales verdes que; normalmente habían en aquel lugar, se levantaba una ciudad. Una ciudad que me dio la impresión de estar abandonada. Desde el lugar donde me encontraba podía observar las casas de uno y dos pisos, pintadas de colores variados, las calles llenas de árboles y jardines.

Era alegre la ciudad pero sin gente: Muy extrañado y un poco atontado por el cambio, caminé hacia la ciudad, suponiendo que toda la población estaría reunida en algún lugar obedeciendo a circunstancia

especiales. Sin embargo el silencio era sobrecogedor, ni viento, ni ladridos, ni un solo ruido. Podía escuchar el sonido de mis pasos sobre la calle asfaltada y brillante: Temeroso de estar viviendo una pesadilla inicié mi retorno, convencido de que al Llegar al riachuelo y cruzarlo, todo volvería a la normalidad. Pero no había recorrido ni diez pasos cuando escuché un "psst" desde una de las casas. Giré rápidamente hacia la dirección de, la llamada y descubrí en una de las ventanas a un hombre de unos 50 años, agarrado al marco de la ventana, como si no pudiera sostenerse por sí mismo, como si lo jalaran hacia abajo "-venga-me susurró-no tenga miedo". Me acerqué temblando a la casa, con el único deseo de que por fin alguien le diera un poco de orientación al laberinto en el que me encontraba. El hombre había desaparecido de la ventana, sin embargo al tiempo que descubría este hecho, la misma voz, pero bastante lejana gritaba desde dentro de la casa: "pase rápido por favor la puerta ésta abierta".

Si alguno de ustedes hubiera estado en mi lugar, estoy seguro que habría hecho lo mismo; en vez de correr hacia el campo, empujé la puerta. La casa estaba de tal manera dispuesta, que daba la impresión de que había sido abandonada en el mismo momento que yo abría la puerta, las sillas estaban en su lugar y la comida servida humeaba sobre la mesa. Sin embargo me extrañó mucho más la desesperación de aquel hombre y el hecho de que iba empequeñeciéndose de una manera absurda, "tengo poco tiempo - me gritó mientras sus ojos agrandados por la angustia iban desapareciendo de su rostro-escúcheme" grito.

- Sólo tiene una forma de regresar; a través del agua. Busque un lugar donde pueda cruzar cubierto totalmente por el agua. . . Cuando Ud. regrese nosotros volveremos a ser libres... Por favor, mire esos papeles que están sobre la mesa.

Su voz, convertida en gritos desgarradores era cada vez más lejana porque increíblemente su cuerpo iba encogiéndose, comprimiéndose, tan rápidamente como yo me espantaba, hasta quedar el pobre, hombre convertido en un punto sobre el piso de la casa y yo

en un objeto tembloroso. Pesadamente me acerque a la mesa. El primer papel contenía un cuadro que tenía los siguientes datos:

"Tiempo: un minuto una hora un día 1 año 10 años 100 año.
Espacio: 0.0023 0.4 3.5 1,000 10,000 100,000 (m²)

En el segundo papel, con letra muy temblorosa, se podía leer: "Ellos regresan a través del agua y pueden llevarnos a cualquier mundo, pueden convertirnos en animales o cosas. La normalidad ocurre cuando los viajes de ida y vuelta son coincidentes"

Y por último con Letra pequeñísima y al final del margen inferior de una tercera hoja de papel decía: "vuelva a saltar en el mismo sitio, pero dentro del agua"

Esta vez sí salí de la casa corriendo desesperado hacia el riachuelo, el cual cruce una y otra vez, ida y vuelta, hasta desfallecer, en busca de mi realidad. Pero nada ocurrió. La ciudad desierta seguía frente a mí, más triste, más abandonada, más solitaria. Y yo al borde de la locura, cansado, totalmente mojado. Esto último lo reparé recién al caer sobre la hierba. Luego quedé dormido durante no sé qué tiempo.

Al despertar, sin abrir los ojos, imaginé que todo había sido un sueño. Pero al abrirlos la ciudad desierta seguía frente a mí. Sin embargo algo raro ocurrió dentro de mí: Una gran tranquilidad y una paz que no podía comprender me embargaron por completo y mi mente comenzó a razonar-sobre cuestiones con, la que jamás había tenido relación ni oportunidad de hacerlo, razonaba acerca de las relaciones entre el tiempo, espacio y la vida. Pensaba que todo individuo que existe, o vive relativamente más, puede recorrer más distancia, más caminos y por lo tanto su espacio vital es más amplio que el de otro individuo que vive relativamente menos. Así por ejemplo: Si un perro vive 15 años no puede tener el mismo espacio vital que el de un insecto que vive 30 días y ambos no pueden tener el mismo espacio de vida que el de un hombre que vive 80 años. Los tres nacen, crecen, se desarrollan, se reproducen y mueren en espacios diferentes, no

compatibles. Por eso es que ese perro y ese insecto no pueden entender el espacio vital del hombre. No porque les pueda faltar inteligencia sino simplemente por qué no lo pueden concebir. Si sucediera, por ejemplo, que un insecto lograra por alguna causa extraña "entrar" al espacio vital del hombre donde ese insecto pudiera vivir 80 años, es decir 960 veces su real existencia (como si un hombre pudiera vivir 76,800 años), entonces tal vez tendría el insecto que aumentar su propio tamaño y el espacio vital del hombre colapsaría.

Según estos razonamientos, alguien estaba viajando de un espacio vital desconocido al espacio vital del hombre. No sabía quién, de qué mundo, ni sabía certeramente como revertir tal hecho.

"La normalidad ocurre cuando los viajes de ida y vuelta son coincidentes", eso decía el segundo papel y yo tenía que buscar la forma de que esa normalidad ocurra.

"Vuelva a saltar en el mismo sitio pero dentro del agua". Estaba el claro que debería saltar dentro del agua, pero para ello yo necesitaba medir unos cinco centímetros, que era la profundidad promedio que tenía el riachuelo. O de otro modo debería acumular agua abriendo un hoyo enorme que me permitiera hacer un saltó dentro del agua.

Aquella ciudad tenía aproximadamente 30 cuadras por lado. Es decir nueve millones de metros cuadrados. No era una ciudad grande.

Desde los puntos de vista analizados y considerando el cuadro de datos dejado sobre la mesa, el ser que habría invadido el espacio vital de los hombres que habitaban la ciudad podría vivir 9,000 años. Por tal razón los hombres no podríamos concebir su espacio vital, pero el ser invasor si podría concebir el nuestro, por la razón que nosotros podemos entender el de un insecto o el de un perro o el de un pez. El lector debe considerar que 840 generaciones de un Insecto pueden conocer al mismo hombre.

No sé con exactitud qué pasó con aquella ciudad. Lo cierto es que logré hacer una zanja con mucho esfuerzo y crucé el riachuelo completamente sumergido en ella. Me encontraron apenas media hora después de haber dejado mi casa para hacer el paseo. Aún ahora después de cinco años del suceso que les he contado, suelo encontrarme por las calles con un extraño hombre muy parecido al que vi desaparecer empequeñeciéndome en aquella ciudad abandonada. A veces casi estoy seguro que es él cuando me mira como si tratase de recordar algo. También guardo, lastres hojas de papel que encontré sobre la mesa de aquella casa de la ciudad vacía. El doctor Aranívar, prestigiado grafólogo me ha confirmado que el tamaño de las letras escritas en la tercera hoja de papel sólo pudieron ser escritas por un ser de no más de 15 centímetros de estatura. Y si es cierto eso, entonces porqué aquel hombre que encuentro en la calle y que trata de recordarme no pudo volver a la ciudad de donde yo si pude volver.
